

CONGRESO
MARIANO



FEMENINO

Heroínas de la caridad en Chile

Julia Marambio Cortés.

En el ejército triunfal de la caridad femenina chilena se encuentra en primera línea y delante de todas sus compañeras la insigne señora doña Antonia Salas de Errázuriz.

Tan grande fué y tan admirable y tan constante la caridad de esta santa mujer, que su persona ha quedado como el símbolo de la más completa abnegación al servicio del prójimo.

No hubo acto que no practicara en el campo vastísimo de la virtud por excelencia, de la reina de todas las virtudes. Cuidó del niño, del enfermo y del desvalido; atendió por sus propias manos a los heridos de la guerra de la Independencia y recibió a los variolosos en su propia casa, colocándolos en las mismas camas de sus hijos para cuidarlos mejor.

Con ternuras especiales y especiales preocupaciones procuró la salvación de las jóvenes, enseñándolas a trabajar y fundando asilos para levantar a las caídas.

Desde las primeras manifestaciones de su inteligencia y su razón, empezaron también a manifestarse sus inclinaciones a la limosna y a la abnegación. La caridad nació en ella como instinto, se perfeccionó en seguida con la virtud de su alma cristiana y se convirtió al fin de su vida en sublime y absorbente pasión.

Cuando muy niña, no teniendo un día qué dar como limosna a una pobre que se la pedía por amor de Dios, tomó el gatito regalón de la casa y se lo entregó; postrada ya en su lecho de muerte mandó que el *único* vestido que poseía lo dieran a una persona necesitada, diciendo con la gracia que siempre acompañó a sus bondades: ¡qué chasco sería para la fulana si yo me mejorara y tuviera que devolverme el vestido!

La austeridad de su persona iba a la par con la generosidad y benevolencia para con los demás; jamás llevó una alhaja; se cuenta que al ver un retrato que por interés de caridad se había dejado pintar la humilde señora y al cual el artista había añadido un pequeño broche al alfiler que en realidad prendía el pañuelo, una de sus nietecitas exclamó: la *mama-vecca* con prendedor, ¡qué cosa tan rara!

La caridad de doña Antonia fué tan abierta y espontánea como inteligente y organizada.

Atraídas por ese astro de primera magnitud que irradiaba en torno suyo luces de misericordia y de consuelo, un grupo de parientes y de amigas se acercó a ella para ayudarla en sus trabajos; este grupo de damas nobles y de buena voluntad formó

bajo su influencia y dirección la Sociedad de Beneficencia que parece ser la precursora de la admirable Hermandad de Dolores.

Viendo la prudente y experimentada señora que ni los niños huérfanos, ni los enfermos, ancianos o mujeres asiladas podían tener los cuidados y vigilancia que requerían sin religiosas que por amor a Dios los atendieran, hizo diligencias para que vinieran con ese objeto varias comunidades religiosas. A su empeño se debe el establecimiento en Chile de las Hermanas de San Vicente de Paul, de la Providencia y del Buen Pastor. Y junto con estos establecimientos la organización completa de la caridad en nuestro país. Lo que ella llevaba a cabo por compasión al prójimo resultó ser obra verdaderamente patriótica, digna de ser enaltecida públicamente. ¿Por qué se levantan estatuas a los que destruyen y matan y no a los que como doña Antonia viven para aliviar, consolar y hacer el bien a la humanidad?

Ni las preocupaciones maternas de una numerosa familia, ni los pesares, las pérdidas de los seres queridos, ni aun la pérdida casi completa de su fortuna, pudieron cerrar el cauce a esa inagotable y constante caridad. Cuando no tuvo qué dar de lo suyo, salió a pedir de puerta en puerta y se ingenió de mil maneras para obtener dinero para sus pobres y para sus obras. Fué esto lo más admirable y más meritorio en la vida de doña Antonia, y casi se puede decir milagroso el resultado de su humillación y sacrificio. Sólo para la Casa del Buen Pastor reunió y entregó a las religiosas \$ 170.000.

Su inteligencia y agudeza le sirvieron para no cansar a la gente en esta tarea tan ingrata de *pedir*; todo el mundo la quería y veneraba; entre chistes y bondades conseguía la simpática anciana todo cuanto deseaba. Al divisarla por las calles, encorvada, más por el cansancio de la vida que se daba, que por el peso de los años, las gentes la bendecían, las madres la mostraban a sus hijos y todos sentían un movimiento de gratitud y de ternura por la modesta y gran benefactora.

El culto manifestado con justicia por los contemporáneos al ángel de la caridad, ha vuelto en nuestros días a manifestarse con entusiasmo. Otra gran mujer chilena, que vive aún, aunque no entre nosotros, sino en la vecina República, que la conoció cuando joven y después, como religiosa del Buen Pastor y que pudo apreciar su abnegación, pide a las señoras chilenas que trabajen porque se levante en la parte más central de Santiago un monumento que exalte la caridad de doña Antonia y sea un ejemplo de patriotismo y de virtud para la mujer chilena.

Datos históricos. — Nació doña Antonia Salas el año 1788. Fueron sus padres don Manuel de Salas Corvalán y doña Manuela Palazuelos y Aldunate, ambos de alta posición social, de piedad y de fortuna. Don Manuel mereció, a más del título de Padre de la Patria, el de *padre de los pobres*. De él se dijo que tenía la pasión de hacer el bien y a él heredó Antonia y con él cultivó esa pasión sublime.

En el año 1809 contrajo matrimonio doña Antonia con don Isidoro Errázuriz Aldunate, distinguido caballero, patriota y cristiano. Cinco años más tarde, con la derrota de Rancagua, tuvieron que alejarse, desterrados a Juan Fernández, el padre y el esposo de doña Antonia. Mientras duró el destierro, ella supo de un modo ingenioso mandarles obsequios y comunicaciones. En 1817, la batalla de Chacabuco puso fin a la dolorosa separación.

El año de 1820 apareció por primera vez en Chile la viruela, y entonces fué cuando doña Antonia se llevó a su casa a cinco de esos infelices apestados que había encontrado abandonados en un rancho y en horrible estado.

En 1822 un terremoto derrumbó la casa de campo de la familia, pereciendo en ella uno de sus hijos y varios de los fieles servidores. Estas terribles impresiones produjeron en la señora una larga y penosa enfermedad. Poco después se completó la prueba con la pérdida del esposo y de algunos más de sus hijos.

Después de la batalla de Loncomilla, no pudiendo ella por el mal estado de su salud, trasladarse a Talca a cuidar los heridos, mandó con ese fin a otro de sus hijos y quedó ella colectando fondos para enviarles.

La última prueba que vino a visitarla fué la pobreza, prueba durísima para quien vive en íntimo contacto con los pobres, conociendo sus penas y necesidades sin poder remediarlas. A esto se añadió lo que da generalmente el mundo a los que se consagran a hacer el bien: la crítica y la calumnia. Los decires malévolos no la perturbaron. «Pediré siempre», —dijo,— «que yo sufra con tal que los pobres gocen; más ultrajes padeció Jesucristo por nosotros».

Murió doña Antonia el año 1867. Fué su muerte tan santa, tan pacífica y tan desprendida como había sido su vida. Todo lo había dado, y *toda a todos* y, sin embargo, como los santos, hizo antes de morir una confesión general con muchas lágrimas de contrición y de fervor. En sus honras pronunció la oración fúnebre el presbítero entonces don Mariano Casanova, magnífica alocución y verdadera biografía de la que «hizo todo el bien que le fué dado, dió cuanto tenía de superfluo y se desprendió hasta de lo necesario, llegando a ser avara consigo misma a fin de ser pródiga con Jesucristo».

La acción benéfica de doña Antonia no terminó con su vida; la herencia de caridad la recogieron sus hijas y sobrinas, y puede decirse que, hasta el día de hoy, ellas han guardado esta herencia admirable como santa tradición de familia. Creo decir sin exagerar que todas las mujeres de esta familia han practicado la caridad en sumo grado. Entre ellas recordaremos a doña Dolores Errázuriz de Salas; a doña Carmen Errázuriz de Ochagavía y Rosario Errázuriz, ambas hijas de doña Antonia; a Catalina y Escolástica Salas sus sobrinas, a Javiera Salas de Edwards, igualmente sobrina de doña Antonia, ¡y a cuantas más!

Otra mujer que ha dejado fama en Chile de virtud y caridad es la señora Victoria Prieto de Larraín.

Hija del Presidente don Joaquín Prieto, fué, como doña Antonia Salas, iniciada en la caridad por su propio padre que la indujo a tomar a los 19 años el cargo de secretaria en la Hermandad de Dolores. Desde entonces fué la vida de doña Victoria una consagración continua al alivio de los pobres; éstos le devolvieron su abnegación, manifestándole un entrañable cariño que se exteriorizó sobre todo el día de sus funerales, cuando, entre sollozos y lágrimas, acompañaron a la santa señora a su última morada.

Doña Victoria fué la esposa de don Rafael Larraín Moxó; conservó siempre en la alta posición en que estaba colocada, la mayor modestia y más profunda humildad. Todo en ella era ejemplar, y bien mereció que su nombre quedara a la posteridad como título de un establecimiento modelo de educación femenina.

La señora Juana Ross de Edwards y sus obras.

Entre las ilustres damas que por su talento y virtudes, han sido el orgullo de la Sociedad Chilena, hay una cuyo nombre todos recordamos con veneración y cariño: doña Juana Ross de Edwards, la gran señora que por tantos años ejerció en el pueblo de Valparaíso el más sublime apostolado de caridad cristiana; y ante cuyas virtudes todo elogio parecería mezquino al lado de esa alabanza perpetua que le tributan sus obras, verdaderos monumentos en favor de los pobres y de los desvalidos.

En la Serena, su tierra natal, guardan grabados con letras de oro el 2 de Agosto de 1830, porque en esa fecha vino al mundo, aquella niña, que llegó a ser más tarde el eficaz y poderoso auxilio de los desgraciados.

Fueron sus padres el Sr. don David Ross, Consul de su Majestad Británica en Coquimbo, y doña Carmen Edwards. Cuentan las tradiciones que desde pequeña se distinguió por las excepcionales dotes de su espíritu y una gran inclinación a la virtud.

Unida más tarde en matrimonio al respetable caballero don Agustín Edwards, su vida fué un continuo ejercicio de las virtudes cristianas. A medida que aumentaba su fortuna más se extendía el campo de sus obras de caridad, y más se manifestaba también en ella, esa admirable sencillez de su trato y de su persona, que la hacía rechazar hasta en los menores detalles, todo lo que pareciese lujo u ostentación.

Pero, llegó también para ella la hora de la prueba, y cuando Dios fué arrancando de su lado uno a uno a los seres más queridos, ella tomó su cruz, y llegó al heroísmo de la caridad, adoptando por hijos suyos a todos los pobres.

Viuda y dueña de una cuantiosa fortuna, entregóse de lleno a la pasión de su alma: dió hogar a las viudas, cariño maternal a los huérfanos, asilo a los ancianos, consuelo y medicina a los enfermos.

Pero no era obra de la sensibilidad, la que movía su alma a compasión por los desgraciados; eran las luces de la fe cristiana, que la hacía ver en el pobre la imagen de Cristo, y estudiar con acertado criterio los medios más eficientes para socorrer sus necesidades.

Con un desprendimiento absoluto de los bienes de la tierra vivía pobre en su riqueza. Así como todo le parecía excesivo cuando se trataba de su persona, todo le parecía poco cuando se trataba del bien ajeno, y una vez penetrada de la necesidad e importancia de una obra, por grande que fuera no contaba el dinero para llevarla a cabo.

El distintivo de la caridad de la señora Ross era la inteligente y discreta distribución de sus limosnas. Sabía ordenar sus empresas, de modo que nunca una obra entorpeciera a la otra y cuando se trataba de la construcción de templos, hospitales, asilos; ¡con qué prolijidad y detención estudiaba los planos, de modo que nada hubiese en ellos, ni de más, ni de menos! ¡Con cuánta delicadeza sabía acomodar sus limosnas a las distintas condiciones sociales, de manera que siempre el socorro fuese provechoso y no hiriese el decoro de aquella familia, que por reveses de fortuna, se encontraba en la indigencia!

Siendo dos los grandes amores de su alma: Dios y el prójimo, ellos fueron el punto céntrico de todas sus obras.

Para Dios hizo edificar innumerables templos, reparar otros, sostener el culto en casi todos. Obras exclusivamente suyas fueron: la Iglesia Parroquial de Llay-Llay; en Valparaíso, la Iglesia de San Luis, la del Asilo del Salvador, de las Hermanitas de los Pobres, la de la Casa de Dolores, la de las Monjas Carmelitas, y la de los Salesianos y del Hospital de San Juan de Dios, la Capilla del Hospicio de Viña del Mar, y la del Asilo de la Providencia de la Serena. Ayudó generosamente a la reconstrucción del Espíritu Santo, de los SS. CC., de la Matriz y los Doce Apóstoles en Valparaíso; a las Parroquias de Viña del Mar, Rancagua y Llay-Llai, a los Pasionistas y Carmelitas de Viña del Mar, La Gratitud Nacional y el Salvador en Santiago, a los Catedrales de Ancud y Serena, etc.

Para el prójimo y especialmente para el niño, el enfermo y el anciano, que bien representan las tres necesidades más grandes de la Sociedad humana, hizo construir, a manera de palacios, todos aquellos grandes establecimientos de beneficencia. Es este talvez el único caso en Chile, en que una señora se compadezca de todas las miserias de un pueblo, y trate de remediarlas, mediante la fundación de instituciones sostenidas por ella únicamente.

Largo sería hablar en detalle de cada una de sus innumerables obras; pero diré una palabra siquiera sobre las principales.

El Asilo del Salvador, construído dos veces, a causa de un incendio, regentado por las Hermanas de la Caridad. Es un magnífico edificio con capacidad para 300 huérfanos: tiene 2 grandes escuelas, una para hombres, otra para mujeres, esta última con diver-

sas secciones de labor, cocina, etc. Además hay allí un Dispensario y una Olla del Pobre, fundada por la señora Otaegui de Zuazagoitia; pero que funciona actualmente gracias a una donación de la señora Ross. En muchas ocasiones ha llegado a 800 y 1.000 el número de personas beneficiadas en los diversos departamentos del Asilo, cuyo valor, agregado al de las propiedades del Cerro del Molino, que le dejó la fundadora, para su sostenimiento, alcanza a \$ 2.000.000.

El Asilo de Huérfanos de la Providencia a cuya reconstrucción contribuyó con la suma de \$ 10.000 mensuales, y después siguió ayudándolo hasta el día de su muerte.

El Colegio y Talleres de los R.R. P.P. Salesianos en donde miles de niños pobres han recibido educación cristiana y práctica, que les permite después ganarse la vida con honradez, por medio de algún arte u oficio. Valor \$ 700.000.

Los Colegios Comerciales Agustín y Arturo Edwards regentados por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y que proporcionan educación gratuita a más de 600 niños. Valor \$ 250.000.

El Colegio de San Luis en el Cerro Alegre; el Colegio anexo a la Capilla de Santa Ana, en el Cerro Cordillera.

La Casa de Dolores, gran edificio, en donde está el Centro de diversas obras de beneficencia: hay un dispensario, y una sección donde se confeccionan costuras para los pobres, que socorre la Hermandad de Dolores. Valor \$ 200.000.

El Asilo de Ancianos, de las Hermanitas de los Pobres, que destruido por el terremoto de 1906, se reedificó en Viña del Mar, con un costo aproximado de \$ 800.000.

El Sanatorio para Incurables de Peñablanca, valor \$ 70.000, y de *Tuberculosos en Los Andes*, que a su muerte dejó en manos del Arzobispado. Valor \$ 300.000.

Diez casas en la calle Correa para familias decentes sin recursos y un gran Asilo para viudas pobres en las Delicias.

Dos Escuelas en Llay-Llai.

Además ayudó con fuertes sumas a la casa de Huérfanos de la Serena, y a los Hospitales de la Serena y Copiapó; donó el terreno para el gran Hospital de San Agustín y para la Casa de Ejercicios de Valparaíso.

Tampoco miró con indiferencia el bienestar de la clase obrera, y, deseando procurarles las ventajas de una habitación barata e higiénica, el año 1898, hizo la donación de un edificio compuesto de 53 departamentos para familias obreras, cuyo valor sería como de \$ 200.000, y 50.000 metros para edificar. Esta población obrera la puso en manos de un Directorio, encargado de la construcción y administración de la comunidad, el que se componía del Sr. Gobernador Eclesiástico y los Sres. Agustín Edwards, Ricardo Ferrari, Alejo Barrios y Nicanor Marambio.

Fuera de todas estas instituciones, ¿a qué obra de beneficencia pública en Chile, no llegaron las limosnas de esta gran benefactora de los pobres? ¿Cuántos antiguos y respetables hogares,

veían llegar todos los meses, como lluvia del cielo, los socorros que les enviaba esa alma generosa, cuando los veía en la desgracia?

Inmensa labor también realizó la señora Ross en bien de los habitantes de Valparaíso durante las epidemias de la peste en 1904 y 1905. Y en la terrible noche del 16 de Agosto de 1906, su casa fué el albergue hospitalario, y la proveedora de víveres y abrigo, para tantas familias que quedaron súbitamente aplastadas por los escombros y por la miseria.

Pero, una de las pruebas más elocuentes de la inteligencia con que la señora Ross ejerció la caridad, fué el haber sabido administrar su fortuna, de modo que a su muerte, le permitiera dejar asegurado el sostenimiento de todas sus obras.

De lo contrario, qué trastorno tan grande hubiese sido si junto con entregar su alma a Dios, hubieran debido cerrarse las puertas de todos esos hospitales, asilos, escuelas, etc.

Pero ella todo supo ordenarlo con previsión admirable, y vemos en su testamento, los innumerables legados, de 300, 100 y 50 mil pesos, para cada una de esas obras, para la Sociedad de Dolores, Conferencias de S. Vicente, Hermanas de la Providencia, Buen Pastor de la Caridad, P.P. Salesianos de Valparaíso: Asilos de Indios de la Araucanía, hospitales de San Felipe, Andes, Vicuña, Serena y Viña del Mar; Asilos de Santa Ana y Lourdes en Valparaíso, y una suma considerable, destinada a establecer Iglesias, escuelas y hospitales en donde no las hubiere y fuesen de mayor necesidad, en todo el territorio de la República y por fin hace la donación de su palacio de la Plaza de la Victoria de Valparaíso, para que se construya la futura Catedral, que dejaba su hijo Agustín, como un obsequio de gratitud a Nuestra Sra. del Carmen Patrona de los Ejércitos Chilenos.

Qué hermoso ejemplo nos ofrece la vida de esta gran dama, que se sirvió de las riquezas como de un medio poderoso para aliviar todas las miserias y llevar las almas hacia el bien. Lo que a otros sirve de escollo para la santidad fué para ella un medio de ascender al cielo; y como decía en su oración fúnebre el Ilmo. Sr. R. Angel Jara «mucho mayor que sus riquezas materiales, eran los tesoros de su alma, de esa alma en donde Jesús, el Padre de los Pobres, constituía el centro donde jiraban todos sus proyectos, y en cuyo amor compendia todas sus resoluciones, sus empresas, y todas las acciones de su vida».

Ojalá que muchas almas caritativas imitasen a esta mujer excepcional, de quien puede decirse con entera verdad, que pasó por el mundo haciendo el bien. El peso de sus riquezas no oprimió a nadie y sólo oprimió su corazón para la caridad.
